

los que el crítico cultural estadounidense Roger Kimbal llama «radicales con seguridad de empleo» han acaparado los medios de producción. Hay excepciones, por ejemplo las de John Ellis, Frank Kermode, John Searle, Martha Nussbaum (como Wayne Booth, ésta cree que la crítica literaria permite consideraciones morales), Daphne Patai y Tallis, que publican en editoriales universitarias prestigiosas. Pero se desconoce el montón, no por sus ideas sino porque su obra se halla en compilaciones de tirada menor o editoriales fugaces. La hegemonía actual funciona con un terror represivo dentro del cual las represalias por criticar y expresarse libremente son serias, hechos seguramente poco conocidos en España o Hispanoamérica.

Los comentarios anteriores se basan, en gran parte, en largas y continuas conversaciones con mi colega Daphne Patai sobre qué hacer cuando alumnos y colegas sólo quieren leer o saber los últimos gritos teóricos, sin atender a las bases. Es serio que, por lo general, muchos alumnos no se preocupen de nada de por qué se dieron esos gritos o si, como si los que seguirán, pasarán de moda cuando alguien grite más fuerte desde una posición de poder. Tampoco se preocupan de la memoria histórica en torno a la teoría, porque a pesar de que saben que ninguna se da en un vacío, no quieren desenterrarse de la fosa hipertécnica, profesionalmente arribista e hiperespecializada en que los han metido sus profesores. El problema yace en la cultura académica estadounidense, que al hacer hincapié en cierta tolerancia, la autoestima y la acomodación de «los otros» ha creado tribus reduccionistas y doctrinarias aterradas por la discusión libre y apasionada, con el grave resultado de que nuevas generaciones no quieren comprometerse con nada o nadie, por miedo de ofender. En el momento de entregar esta nota Patai y yo hemos identificado más de ochenta ensayos extensos, algunos de los cuales son de principios de los años setenta. Uno reciente pertenece a Mark Bauerlein, autor de *Literary criticism: an autopsy* (1997), un manual e índice terminológico de lo que llama «suicidio disciplinario». Bauerlein describe 23 términos del oscurantismo contemporáneo y analiza los motivos políticos e institucionales por los cuales ese léxico, aunque inadecuado, ha prosperado. Otro trabajo que hemos encontrado es del historiador de la ciencia Jorge Cañizares-Esguerra, cuyo magistral *How to write the history of the New World* (2001) muestra cómo algunos teóricos literarios se equivocan al interpretar la historiografía. A su vez, señalamos a Graham Good, cuyo *Humanism betrayed* (2001) desarma los dogmas relativistas de varios ismos contemporáneos que han prostituido a la teoría, ideología y cultura en el ámbito universitario. Estos ensayos son constestatorios, y que la nueva corporación de la alta teoría no se refiera a ellos es sólo una prueba de la ortodoxia de lo que podría llamarse los «modistas» de hoy.

Por otro lado, también hay señales de que algunas figuras famosas han hecho cierto examen de conciencia al respecto, y a pesar de que esos actos siempre parecen recurrir al fin del camino, vale tenerlos en cuenta. La hegemonía de la teoría actual, como ocurre con toda gestión totalitaria, puede comenzar a desmoronarse desde sus gestores fundacionales. Así, Harold Bloom, otrora proponente y antólogo de la deconstrucción, se dedica ahora a defender a los clásicos. Said, otra deidad de los postcolonialistas y los estudios subalternos [sic], lleva casi un lustro abogando por un humanismo revivido y novedoso, como muestran no sólo la reciente colección de sus ensayos, *Reflections on exile and other essays* (2000), sino sus intervenciones institucionales. En éstas propone un «regreso a la filología» y métodos afines, con una seriedad ausente en el texto de 1982 de Paul de Man del mismo título, naturalmente incluido en la antología Norton. En la colección de Said, por lo contrario, se lee cómo los cruces interdisciplinarios son la razón de ser del verdadero comparatista, y hoy la fuente de exculpación por desvíos conceptuales ajenos. La gran diferencia entre Said y sus contemporáneos reunidos en la Norton es que él practica la autocrítica, ha leído a los clásicos y, diferente de sus discípulos, no pretende hablar por el «pueblo» y escribe sin la jerigonza que ningún subalterno de la calle entendería. En *What's left of theory?* Brenkman es el único crítico que se atreve a hablar de la «exuberante ignorancia» de los estudios culturales, y la política inconsecuente de las teorías posestructuralistas. Cuando los compiladores de esa colección, conscientes de los llamados a «volver a la literatura», preguntan si «¿Sigue (igual) la literatura después de la teoría?», no se dan cuenta o admiten que los lectores de literatura nunca se hacen esa pregunta.

Más y más, tal y como se la practica hoy, la teoría contemporánea no produce otra cosa que engatusamientos, mostrando claramente que no se requiere un conocimiento básico de la filosofía y la lógica para entender la retórica a la que se ha reducido. En ese contexto no tiene sentido preguntarse si habrá teoría después de los «altos» teóricos, o creer que la respuesta es hacerla «revolucionaria» o politizarla, si ésta ya es su condición. Cuando se revisa una teoría lo único que cambia es aquélla y cómo se ve el mundo, no el mundo en sí. Ni la teoría ni la antiteoría pueden rendir cuenta de lo que expresa la literatura porque ésta, diferente de la teoría, expresa algo más humano, y no sólo las abstracciones que se construyen los teóricos. Éstos han creado un mundo completo, aburrido, con aniversarios, celebraciones, congresos y ritos que les posibilitan pasar todas sus vidas dentro de su propio sistema de incentivos y sanciones, que nada tiene que ver con la vida del montón. Los teóricos mejor intencionados no admiten que

sus categorías no se dan en los pocos textos a los cuales quieren aplicarlos, progresión que de por sí muestra una preselección, y el marxista más vulgar y la feminista más radical podrían generar así las categorías que les diera la gana. Las categorías teórico-críticas de hoy no pueden ser más que marcos para ver nuestros prejuicios en un texto, y de ninguna manera son aquellas estructuras universales subyacentes que se generan por sí solas, o que generan un texto que ya estaba allí. La «teoría» actual no nombra a nada en particular y se reduce a versiones politizadas de animadversiones contundentemente académicas. Es sintomático que hace casi ocho décadas I. A. Richards, promulgador de la «crítica práctica», dedicara el primer capítulo de su *Principles of Literary Criticism* (1924/1926) al caos de las teorías críticas. En suma, se está en un barco a la deriva y sin ancla, y los sobrevivientes de la «nueva» crítica/teoría mencionada no quieren llegar a tierra. Por eso lo más patente en las colecciones discutidas es que el destino conflictivo de los teóricos contemporáneos es anhelar la profundidad en su quehacer, mientras sospechan, profundamente, que aquélla no existe, que todo es supeficie. No estaría mal entonces volver a los fundamentos literarios con una visión verdaderamente honesta y renovada.

